

El conflicto universitario visto desde Tenerife

La Universidad de La Laguna, entre la política y la leyenda del «expolio»

Las reivindicaciones universitarias grancanarias han sido desde siempre objeto de especial atención política y social, no exenta en ocasiones de un singular dramatismo, en la isla de Tenerife, sede de la más antigua Universidad del Archipiélago, la de La Laguna. En multitud de ocasiones, especialmente a lo largo de los últimos cuatro años, cuando la demanda por una

Francisco Pomares
Santa Cruz de Tenerife

El apasionamiento con que tradicionalmente se ha venido enfocando el problema de las enseñanzas universitarias en el Archipiélago, y la ausencia de un análisis meditado de los factores sociales, culturales, económicos y hasta sentimentales del conflicto, llegaron a originar crisis de tremenda importancia en los principales partidos con vocación regional, como el PSC-PSOE o Alianza Popular, y sirvió a otros -la Agrupación Tinerfeña de Independientes (ATI), por ejemplo- como bandera identificadora de su proyecto insularista. Colectivos de ciudadanos, casinos, círculos y asociaciones, fueron el lugar preferente -planteado normalmente a la defensiva- que los medios de comunicación tinerfeños alimentaron con particular enjundia; los sentimientos vencen, y la Universidad de La Laguna es, junto al Cabildo Insular, la institución más sentida, más arraigada en el alma del pueblo tinerfeño.

Tras la arrolladora victoria insularista en Tenerife, y con la participación de los nuevos nacionalistas de Manuel Hermoso en el Gobierno regional, el conflicto sufrió inicialmente un giro espectacular. Las reivindicaciones universitarias grancanarias, que fueron utilizadas como argumento para derrotar a los socialistas tinerfeños, se transformaron entonces en la clave para el asentamiento político de la operación AIC en todo el archipiélago.

El sentimiento de supuesto despojo de las joyas de la corona tinerfeña y de la «perla» universitaria en beneficio de los «perversos canarios» sedientos de poder político y económico, ese sentimiento del vientre profundo de Tenerife, que tan hábilmente fuera utilizado por los áticos como arma arrojadiza contra el poder socialista, se transforma de pronto, por mor de los resultados electorales, en la piedra angular del edificio que Hermoso quiere construir, para Gobernar desde la región.

Y es que aquí, donde el lenguaje de la política demuestra su gran flexibilidad y capacidad de adaptación a las circunstancias, lo mismo que antes fue un despojo para Tenerife, fue después una reivindicación social legítima de miles de padres y madres de familia grancanarios. Lo mismo que antes sirvió para inspirar las letras más jocosas de las murgas, ahora sirve para iniciar la reflexión sobre una región que espera quien tienda entre las islas el puente de la concordia. Los mismos que antes tensaban la cuerda después la aflojaron.

Los socialistas laguneros, parte y juez en la nueva batalla por la Universidad del año 2.000, han sido los primeros en denunciar el monumental fraude del lenguaje de los antiguos insularistas. Domingo Medina, ex colaborador de José Segura y secretario general de los socialistas de la Agrupación La Laguna-Casco, la mayor de las tres de la ciudad campus, destapó el fracaso de las esencias hace unas semanas, con una nota de prensa advirtiendo del

gran trueque. Era la suya, por supuesto, una voz interesada en este debate.

También lo era la de Jerónimo Saavedra, el primero en descubrir, tras su fracaso electoral, la poderosa magia de miles de ciudadanos desfilando bajo las pancartas unitarias de «Universidad, Ahora Sí». También eran interesadas, pues, las declaraciones saavedrinas criticando hace escasos días que los socialistas laguneros opinaran en materia de política regional. Porque Saavedra, al felicitar a la transformación de Hermoso, lo que hacía, conscientemente, era alimentar una reacción contraria al líder antes insularista en su propio terreno, en el mercado donde Hermoso compró sus siete diputados tinerfeños.

El mismo día que LA PRO-VINCIA publicaba las declaraciones de Saavedra, un editorial no dominical -doblemente extraordinario, por tanto- del tinerfeño El Día, censuraba por primera vez al alcalde de Santa Cruz, bajo el título «El primer gran tropiezo de ATI».

Un editorial para la historia: «El conocido «sanedrín» de Las Palmas continúa llevándose muchos gatos al agua, frente a los sesteos, las desganas, y las ambigüedades de la denominada «cúpula» empresarial tinerfeña, cuyo perfil decadente se hace cada día más ostensible (...) La vocación regional de la Universidad de La Laguna está fuera de toda duda. Pero, en vez de tomar ejemplo, la Politécnica, por sí o mediante osados adalides pueblerinos y cantonalistas, reclama por una Universidad total, completa, plena, etc. Sería la primera del mundo de ese rango (...) Lo cierto es que casi todos los líderes políticos en el poder o en la oposición parlamentaria, con una ligereza y superficialidad asombrosas, se han lanzado al plato de lentejas. Parece que se han dicho para sus coletos: venga Universidad plena, o total, o completa, o lo que la demagogia reclama a cambio de posibles votos en Las Palmas».

El editorial de El Día causa un gran impacto en los cuarteles generales del nuevo nacionalismo.

Un alto dirigente de ATI comentaba así la jugada: «Saavedra es como el Cid Campeador, sigue ganando batallas después de muerto. Ha lanzado el tema de la Universidad en Las Palmas, y ha forzado a todos a pronunciarse, sin hacerlo él. Ha hecho que Hermoso se equivoque de medio a medio con su propio electorado. Cree que así conseguirá «entrar» en Gran Canaria, y va de lado. No conseguirá ni un voto por esto en Las Palmas, pero va a perder muchos en Tenerife».

Quizá los mismos que el alcalde supo ganar en 1987, cabalgando a lomos del furor tinerfeño. La Universidad le dio miles de esos votos. Quizá fuera la defensa electoral de la Universidad de La Laguna lo que convirtió al periodista y sabandíeño Elfidio Alonso en edil frente a un atónito Pedro González, que la noche del recuento era incapaz de creer lo que veía, o quizá fuera el llamado abandono en la defensa de la Universidad de La Laguna -el primer «gran agravio so-

Universidad completa en Las Palmas se hacía mayor, las fuerzas sociales y culturales tinerfeñas, o los partidos políticos y sus propios líderes y dirigentes, convertían el debate sobre la Universidad canaria en una suerte de prueba de fuego para el pedigrí tinerfeño de las personas y entidades que participaban en el mismo.



Los delegados de Las Palmas votando Si a la universidad completa. Se rompió el congreso de AP

cialista al electorado tinerfeño - el disparo de salida en la carrera de obstáculos que el PSOE perdió en la última legislación en Tenerife.

Pero si así fue, fueron los propios socialistas los culpables. O al menos uno de ellos. Fue un socialista tinerfeño, uno de los políticos más votados de Canarias desde 1977, quien inició la leyenda del «despojo» a La Laguna.

En el verano del 82, el lagunero Alberto de Armas, senador y presidente del PSC-PSOE, presentó su dimisión irrevocable de la dirección de su partido, abriendo una importante crisis, que Jerónimo Saavedra intentaría neutralizar forzando la precipitada elección de Luis Fajardo -un influyente diputado tinerfeño, en tiempos «amiguísimo» de Alfonso Guerra, y también militante de la agrupación lagunera- como sustituto del senador De Armas.

Los motivos de la dimisión del senador fueron amplia y consistentemente explicados por él mismo, en una meditada operación de prestigio personal ante el pueblo de Tenerife, que obtuvo un importante eco en los medios de comunicación tinerfeños. Los socialistas -presionados por el peso de las reivindicaciones universitarias grancanarias- acababan de aprobar una salomónica resolución de política universitaria en un comité regional, celebrada precisamente en los locales de la Casa del Pueblo de La Laguna, en el que se pronunciaban a favor de la existencia de dos universidades regionales, una de carácter técnico y otra humanístico, regidas por los principios de complementariedad de su oferta educativa. Aquella resolución -denunciada inmediatamente por las aún incipientes fuerzas que meses más tarde convergerían en el insularismo como una traición del PSOE tinerfeño, y como la renuncia del socialismo chicharrero a la defensa de los «intereses universitarios de La Laguna»- ha venido inspirando la política universitaria en Canarias durante los últimos seis años, desde antes del mandato del Gobierno de Saavedra, y hasta los primeros meses de Fernando Fernández.

La dimisión de Alberto de Armas, que sólo sirvió para apartarle durante unos pocos años de la dirección regional del PSOE, a la que volvería nuevamente de la mano de un entonces conciliador y todopoderoso Saavedra-presidente-del-Gobierno, provocó una

cascada de declaraciones de las fuerzas conservadoras y centristas tinerfeñas, que acusaron al socialismo tinerfeño de haberse vendido a los intereses grancanarios y de estar dispuestos a colocar a la Universidad de La Laguna en la almohada pública, después de abusar de su confianza de virgen y mártir. El debate universitario, que hasta esa fecha no había sido elemento de gran importancia en la vida política regional, pasó a convertirse en el asunto estrella. Los grupos insularistas -grupos políticos en Tenerife, grupos sociales en Las Palmas- agitaban el fantasma del pleito universitario, mientras las fuerzas regionalistas lo convertían en asunto tabú. «Con la Universidad, hay que hacer como con el paralítico del chiste, aquel que va a Lourdes a curarse. Mejor dejarlo como está. Mejor no hablar». Esa era, o al menos esa parecía, la consigna en el PSOE y en AP. Porque cuando se hablaba, siempre se liaba un buen y monumental ciclo de pasiones desatadas.

Todas las fuerzas políticas pasaron a convertir el debate universitario, por exceso o por defecto, en el eje de sus actuaciones, y en el caso de los grupos entonces minoritarios (CDS, partido comunista, nacionalistas de izquierda), en el termómetro público de su auténtica vocación regionalista.

El PSOE llevó malamente su propio calvario universitario, imponiendo la disciplina de su resolución de La Laguna, que nunca fue aceptada como la solución de todos los problemas, sino como un pacto familiar para superar la crisis.

Pero con el PSOE ya instalado en el poder regional, y las primeras elecciones autonómicas en puertas, comenzaron a surgir los verdaderos problemas. El PSOE tinerfeño había aceptado a regañadientes una fórmula que a los socialistas tinerfeños, cansados de escuchar las acusaciones de traición, les oía a cuerno quemado. Aun así, a regañadientes y todo, la fórmula había sido asumida y defendida públicamente.

El PSOE soportó en Tenerife la rociada diaria de los independientes tinerfeños, herederos del desastre electoral de la UCD, que hicieron de la defensa de la Universidad de La Laguna, frente a presuntos ataques «expoliadores» grancanarios, uno de los ejes centrales de su programa político.

La prensa de las islas se llenó de artículos y editoriales que despertaron un pleito que



Manuel Hermoso

había dormido durante los primeros años de la transición ante el empuje de los cambiantes tiempos. Con tantos mimos, atenciones, cuidados y lujos tipográficos, el pleito universitario pasó a ser la arista más afilada y vistosa del viejo pleito, a secas, de siempre. Y mientras el PSOE aguantaba estoicamente en Tenerife las consecuencias de la traca encendida inconscientemente por Alberto de Armas, en Las Palmas, la reivindicación de una Universidad sin corsés comenzaba a cobrar proporciones incontrolables.

Una marca humana, imparable, había empezado a crecer y a agigantarse detrás de las sombras de la primera gran manifestación de la historia moderna de Canarias. Y el PSOE grancanario, instalado en el asombro de descubrir un movimiento que había crecido de forma autónoma bajo sus pies, observaba fascinado las crecidas de esta marea. Aun así, los socialistas grancanarios aguantaban el tirón popular. Algunos de entre ellos, los más primma donna -el alcalde Rodríguez Doireste, Carmelo Artiles, a veces el propio Saavedra- coqueteaban con el sueño de las masas, forzando al máximo la elasticidad de las resoluciones regionales.

El recuerdo de las miles y miles de personas recorriendo las calles y avenidas de Las Palmas de Gran Canaria camino del «campus» del futuro, era una permanente tentación. La tentación de atreverse al juego del equilibrio inestable entre lo que ordenaban los acuerdos suscritos entre las «familias» del socialismo regional y lo que -cada día más rotundamente- pedía el cuerpo.

No fueron, sin embargo, los socialistas los primeros en padecer dramáticamente las consecuencias de la nueva situación de «insularización» del problema universitario.

La primera crisis sería la sufrieron los conservadores de Alianza Popular, menos acostumbrados a las sutilezas socialistas de nadar y guardar la ropa, poniendo en la misma palmaria una vela al Dios de la Universidad Ya y otra al diablo de sus propios acuerdos internos. La crisis en AP fue tan grave, que los conservadores llegaron hasta el extremo de tener que suspender un congreso regional, ante la vehemencia de los debates en la ponencia de política universitaria. Los enfrentamientos internos y el apasionamiento verbal del hoy vicepresidente del Cabildo

de Tenerife, el abogado Antonio Daroca, provocaron el fraccionamiento del partido en dos partidos enfrentados, el tinerfeño y el grancanario, que se mandaban mensajes pasando por los despachos de Manuel Fraga y de Jorge Verstringe en la calle Génova, de Madrid.

Finalmente, los conservadores solucionarían su propio y dramático pleito, que tuvo al partido sin dirección regional durante más de medio año, llegando con improbos esfuerzos y dificultades a un acuerdo de compromiso capaz de salvar lo escasamente salvable de la muy deteriorada unidad de acción regional aliancista. Pero la guerra había dejado más de un cadáver en los frentes de batalla. Antonio Daroca, enarblando el estandarte de la Universidad despojada, inició su particular y accidentado tránsito a ATI, llevándose consigo a una parte considerable de los jóvenes cachorros de Nuevas Generaciones, transformados para la ocasión en guardia pretoriana de la «única universidad regional posible»: la de La Laguna. Manuel Hermoso, mientras tanto, había comenzado a preparar su proyecto de formación regional de grupos y partidos insularistas, y permanecía callado, sin participar personalmente en los «pequeños» conflictos del gran pleito que tan eficazmente había utilizado para la proyección política de su grupo. Jamás opinó el alcalde personalmente sobre temas universitarios. Prudente siempre, supo ser prudente y habilidoso hasta en eso.

Pero tampoco le hacía falta arriesgarse en declaraciones que pudieran volverse contra él en el futuro. Su corte de seguidores hablaba y opinaba sin parar, vigilando atentamente el desarrollo de los acontecimientos en Gran Canaria -la «isla de enfrente»- y estigmatizando cualquier «veleidad universitaria» grancanaria.

Con la victoria electoral en Tenerife, con los votos en La Palma, Lanzarote y Fuerteventura, Hermoso creyó llegado su momento: «la hora de Tenerife», según dijo. Pero no la hora de Canarias.

Fue una hora menos dulce de lo esperado. Porque minutos después de la hora del triunfo, el alcalde descubrió que Canarias no puede ser gobernada con la beligerancia de una isla.

Nuevamente, la dualidad política del archipiélago hizo estragos en sus ilusiones. El rechazo tinerfeño a Saavedra, que le permitía soñar con la posibilidad de gobernar el archipiélago, tenía su contrapartida en Las Palmas, donde el discurso del nuevo nacionalismo sonaba a chino en boca de AIGRANC. Otra vez, Hermoso descubrió llegado el momento de los gestos, y reaccionó poniendo toda la carne en el asador tinerfeño. Confiando en su carisma en Tenerife eligió el momento adecuado para oscurecer a su mayor adversario electoral, el CDS, y el mismo día que los suaristas celebraban su concilio en Ten-Bel con el único objeto de reelegir a Fernández y aprobar la revisión de su política universitaria, Hermoso, a pesar de las prevenciones de sus leales, se lanzó en solitario al ruedo, apoyando las reivindicaciones universitarias de Las Palmas. La leyenda del expolio a La Laguna, que entre el senador De Armas y los áticos habían creado, parecía comenzar a morir. Después los hechos demostraron lo contrario.